

ferior de todos los caballeros de Nápoles. Pero no hagamos regla general de un suceso extraordinario; pues si algunas, arrastradas de una ciega pasión (á la que tambien estamos todos sujetos, si amor se empeñase en perseguirnos), han hecho bancarrota de su bien estar y condicion, no es decir, señoras mugeres, que todas perdais el juicio para serviros este caso de modelo, y que pretendais ciegamente seguirle. Estas historias se escriben, no para enseñar á galantear y seguir las huellas peligrosas que designa el amor, sino mas bien para vivir con juicio, evitando incurrir en semejantes flaquezas tan comunes al género humano, y para servir de antídoto contra el gusano

venenoso que roe la parte mas perfecta del alma acariciando á la imaginacion; asi como el sabio boticario prepara la carne de la vibora para purgar al paciente de una sangre corrompida que la lepra engendra en su cuerpo; del mismo modo se citan los amores atropellados y las acciones licenciosas de Semiramis, Mesalina, Faustina y otras, para que las mireis con horror, y eviteis se os ponga en la lista de mugeres tan desenfrenadas; y á vosotros, hombres libertinos y seductores de todas clases y condiciones, os presentaremos las locuras de Páris, los adulterios de un Hércules, la vida licenciosa y afeminada de Sardanapalo, la tiranía de Falaris, Busiro ó Dionisio de

Sicilia, la historia de Tiberio, Nerón, Calígula, Domiciano y Helio-gábalo, sin perdonar á los de nuestros tiempos que se han envilecido con iguales villanías, enfangándose mas brutalmente que el cerdo con su vientre en los lodazales. ¿Se dirigirá, pues, esta obra á que imiteis á estos mónstruos de corrupcion? Mas valiera entonces que todos los libros fuesen sepultados en lo profundo del mar, si por medio de ellos habia de corromperse la vida cristiana. Pero el ejemplo de los malos nunca se pone para imitarlos, sino para huirlos, asi como la vida de los hombres de bien se escribe para formarse y dirigirse segun las acciones laudables que hayan hecho en este mundo.

Volvamos pues á nuestra peregrina de Loreto, que fue á hacer su viage para acabar sus devociones en Ancona. Concluido su voto en Loreto, pensaba su servidumbre que ya no tenia mas viage que hacer, y que volveria á su reino; pero les dijo, que no distando de alli Ancona mas que quince millas (siete leguas y media de Francia), no queria volverse sin ver una ciudad tan antigua y hermosa, de la que los historiadores hacian tantos elogios, por su antigüedad y grandeza. Todos son de su opinion, y se van á visitar las antigüedades de Ancona. El caballero Bolonia estaba ya avisado de todo, como que era quien habia recibido las alhajas y tesoros de la Duquesa. Vi-

via en la calle mayor en un gran palacio, por donde debia pasar el coche de la Duquesa. El aposentador se habia adelantado para proporcionar el alojamiento; pero Bolonia le mandó entrar en el palacio que tenia dispuesto para su Señora. De esta manera el caballero Bolonia, que estaba ya mui estimado en Ancona, donde habia hecho muchas relaciones con todos los personajes de la ciudad, se fue con muchos de ellos á encontrar á su esposa, á quien ofreció su casa suplicándola entrase á alojarse en ella. La Duquesa aceptó mui gustosa la oferta, y se retiró con él, conduciéndola, no como marido, sino como un apasionado servidor. Pero no dilatemos mas la materia.

Conociendo la Duquesa que tarde ó temprano habia de advertirse la intimidad de los dos, para que no se hiciesen malos juicios de su embarazo, y que supiesen procedia de su legítimo enlace, hizo llamar á su salon, al dia siguiente de su llegada á Ancona, á toda su servidumbre, con la idea de descubrir el secreto, haciéndoles saber que el caballero Bolonia era su marido, que tenia de él dos hijos, y que se hallaba en cinta de otro. Reunidos todos con este motivo, despues de comer, en presencia de su marido les habló de esta suerte:

«Tiempo es ya, hijos mios, que os manifieste á todos lo que se ha hecho en presencia del Ser supremo, para quien no pueden ser ocul-

tos nuestros pensamientos y acciones, y no hai necesidad de ocultar lo que no tiene nada de malo ni ocasiona daño á tercero. Si las cosas pudiesen estar ignoradas, sin necesidad de declararlas los que las hacen, aun no guardaria yo mas reserva, y publicaria con mucho placer lo que hasta aqui he ocultado; pues haciéndolo notorio á todos, me libro de la mayor angustia. Si las llamas de mi deseo pudiesen salir con tal esfuerzo como el del fuego que abrasa mi alma, se veria salir el humo mas alto y mas espeso que el que vomitan el Vesubio y el Etna en cierta estacion del año; y para no entretener vuestras dudas y curiosidad mas tiempo, sabed que este fuego

oculto en mi corazon, y que ahora quiero poner de manifesto, nace de la determinacion que tomé hace tiempo de casarme y elegir un esposo á mi gusto, libremente y sin sujecion á las preocupaciones del mundo, para no vivir siempre viuda, ni hacer cosa que perjudicase á mi conciencia y á mi honor: lo ejecuté pues, cometiendo solo una falta, cual fue la de tener mucho tiempo reservado mi enlace, cuya reserva dió margen á la mala opinion que se ha formado de mí en todo el reino desde que di á luz mi segundo hijo; pero de todos modos me acompañaba el consuelo de tener mi conciencia sin remordimiento de culpa ni mancha. Sabed, pues, todos

ahora, que el sugeto que reconozco por mi señor y esposo, con quien estoi legitimamente casada en presencia de esta doncella, que tenia de toda mi confianza, es el caballero Bolonia que teneis presente, y que es á quien he jurado y dado mi fe, y él á mí la suya: este pues es mi marido, con quien tengo que vivir toda mi vida. Enterados ya del secreto que ha proterado tantas calumnias é investigaciones, sois libres en tomar vuestra determinacion: los que quieran retirarse de mi servicio, y marcharse al de mi hijo, pueden hacerlo sin temor de merecer mi indignacion: solo os pediré que le seais fieles y celosos por su persona, y tan leales como lo habeis

sido para mí interin fui vuestra ama; mas, si alguno desea continuar sus servicios en mi casa y participar de mi suerte, le trataré con el cariño propio de mi caracter, y tendré siempre presente su fidelidad y adhesion; de lo contrario os presentareis en Malfi, y el mayordomo os pagará lo que se os deba: no pienso ya en títulos ni honores: prefiero el título de simple señora con la estimacion que merece la que tiene un marido honrado, para que no haga distincion de clases con mi esposo, á quien debo ser igual compañera. Vos sabeis, le dice á Bolonia, lo que ha pasado entre los dos, y Dios es testigo de la integridad de mi conciencia; por lo tanto os su-

plico hagais traer aquí á nuestros hijos, para que todos los reconozcan como tales, y nacidos de un enlace legítimo. Dicho esto, fueron presentados los niños; y toda la servidumbre se quedó atónita de este nuevo suceso, no pudiendo jamas presumir que Bolonia pudiese ser un dia el sucesor del Duque de Malfi, enlazándose con su esposa. Este era ya el preparativo de la catástrofe y sangrientas consecuencias que tuvo este escandaloso enlace. Se quedaron mui pocos ó casi ninguno de la servidumbre de la Duquesa, la que solo conservó la fiel doncella que habia sido depositaria de toda su confianza, gozando contenta y tranquila de los dulces halagos del amor

con su esposo, y con aquel placer que era consiguiente á los que se hallaban ya libres de temores y de infundadas sospechas. Bolonia no tenia otra ocupacion mas grata á su corazon que la de complacer por todos los medios que le eran imaginables á su adorada Duquesa; y esta hacia un particular estudio en corresponderle y obedecerle, como toda muger debe hacerlo con su esposo; pero esta dulce serenidad no fue de larga duracion, pues los bienes regularmente son poco durables, y la felicidad se pasa en un momento para hacer comunmente un tránsito mas sensible al ser reemplazada por la desgracia.

Es preciso saber que la servidumbre de la Duquesa, que no ha

bia querido permanecer con ella, temiendo el enojo de los hermanos de su ama, acordó que uno de ellos fuese en posta á Roma para participarles esta novedad, y evitar que los creyesen cómplices. Al momento lo pusieron en ejecucion, marchando uno á Roma y todos los demas hácia el reino y palacios del Duque.

Es de inferir que esta noticia no seria mui grata al Cardenal y á sus hermanos; como en efecto, el mas jóven recibió este acontecimiento con tal furor, que no pudiendo reprimirse, prorumpió con mil injurias y maldiciones contra el bello sexo. ¡Ah! decia el príncipe enagenado de cólera, ¿cuál es la lei que puede castigar ni re-

primir la loca indiscrecion de una muger que se entrega desenfrenadamente á las pasiones? ¿Qué reflexion, qué temor ni vergüenza es capaz de hacerla retroceder en sus deliberaciones y arrebatos? ¿Qué obstáculos se la pueden presentar para contener el ímpetu furioso de su imaginacion, cuando es dominada de sus caprichos é ilusiones? No hai animal, por feroz que sea, que no sujete y amanse la mano y talento del hombre, someténdole á su discrecion: su industria doma á las fieras, su fuerza sujeta á la mas soberbia, amansa la mas indómita, y últimamente logra conseguir las cosas mas difíciles; pero no hai fuerza, talento ni industria que sujete á este animal endiablado

de la muger; ni vigilancia, rigor ni medio alguno que pueda ser superior á sus astucias: á mi entender es procreada para tormento de la humanidad, por ser la causa directa ó indirecta de todos los horrores y desgracias. ¿Cuál no será el grado de lubricidad de una muger del nacimiento y talento que la nuestra, para olvidar su rango, la grandeza de su familia, el lustre de su difunto marido, y la esperanza de la juventud del Duque su hijo, nuestro sobrino? ¡Ah, loba falsa! Yo te juro por lo mas sagrado, que si llego á cogerte con tu indigno amante, apagaré para siempre vuestros ardores, y no tendreis que abusar de la sagrada sombra del matrimonio; pues ha

sido clandestino, y no tiene mastestigo que una simple criada, encubridora de vuestras maldades; y en cuanto á la fe prometida, está en el aire, y no sirve mas que de máscara á su liviandad: por último, aunque fuese cierto su enlace, ¿merecemos nosotros tan poco respeto para no habernos participado esa infeliz sus intentos? ¿Ese fulano Bolonia es acaso un hombre que merezca enlazarse con la sangre real de Aragon y Castilla? No, no: suceda lo que sucediere, yo hago voto á Dios, de que no dormiré tranquilo interin no separe á esos infames de mi familia, tratándolos como merecen. — Otro hermano tampoco podia tranquilizarse: trémulo juraba entre dien-

tes, prometiendo no tratarlos mejor. Ultimamente para lograr su venganza sobre estos dos infelices esposos, sin dar estrépito en una ciudad populosa como Ancona, se dirigieron al señor Gismundo Gonzaga, Cardenal de Mantua, que era entonces Legado por el Papa Julio II en esta ciudad; y le sorprendieron de tal manera, que Bolonia y toda su familia tuvieron orden de evacuar inmediatamente á Ancona; pero por mas que hacia el Legado, no pudo en mucho tiempo lograr la obediencia por las muchas relaciones que Bolonia tenia ya hechas de grande importancia; y mientras entretenia el tiempo para dilatar su salida, hizo llevar la mayor parte de

sus equipages, sus hijos y cuanto tenia mas precioso, á Siena, ciudad antigua de Toscana, que tanto tiempo se batió contra los Horen-tinos por su grandeza y libertad; de manera, que en el mismo dia que fueron á intimar á Bolonia la orden de cumplir la evacuacion de la ciudad en el preciso término de quince dias, estuvo pronto á montar á caballo, y tomó el camino de Siena; lo cual fue causa de que los aragoneses se llenasen de pena, viendo frustradas sus intenciones de sorprender á Bolonia en los caminos, y hacerle dividir en mil pedazos. Mas no habia llegado aun el momento de su desgracia; pues no estaba marcada por su suerte la marcha de An-

cona para servir de teatro á estas dos víctimas desventuradas que vivieron aun algunos meses tranquilamente en Toscana. Los aragoneses, que no dormian de dia ni de noche, con los demas parientes que no cesaban de intrigar para saciar su furor y realizar su juramento de venganza, viendo á su enemigo sin temor, se dirigieron á el señor Bourgliese, señor de Siena, á fin de que su hermana y Bolonia fuesen desterrados de aquellos señoríos, lo que les fue acordado mui fácilmente. Estos dos desgraciados, desterrados de todas partes, y tan desventurados como Acaste con el entredicho, ó como Edipo despues de la muerte de su padre, y de las nupcias

incestuosas con su madre, no sabian ya á qué santo encomendarse, ni adonde dirigir sus pasos; hasta que por último determinaron ir á Venecia, tomar el camino de Romanía, y embarcarse para retirarse con seguridad á una ciudad circundada del mar Adriático, la mas rica de toda la Europa; pero estos infelices formaban castillos en el aire; pues estando en el territorio de Forli, vió uno de ellos venir desde lejos á galope sobre sus carruages un número considerable de hombres á caballo que no demostraban ninguna señal de paz ni de amistad, maxime teniendo ya á mas de esto alguna noticia del complot de sus enemigos; lo cual fue causa de empezar á sentir el

(100)

desgraciado napolitano las aprensiones de la muerte, aunque no temia su fin, ni le afligia otra cosa que ver á su muger y á sus inocentes hijos sacrificados al furor de los inhumanos aragoneses, que sabia tenian jurada su muerte, y que, para hacer mayor su desesperacion, se habian propuesto hacerlos pedazos en su presencia. ¿Pero qué arbitrio le quedaba para librarse de semejante catástrofe? Angustiado, anegado en lágrimas, y estrechando entre sus brazos aquellas tres prendas de su corazon, esperaba ya resignado la muerte.... Un rayo de luz divina le hace repentinamente conocer que aun podia ponerse en salvo con su hijo ma-

(101)

yor, corriendo á brida suelta en un gran caballo turco, que tenia las alas del viento; pero amaba demasiado á su esposa y á sus hijos, y la idea de separarse de ellos y dejarlos en aquella situacion, paralizaba su resolucion, hasta que al fin la desventurada Duquesa le dice: Esposo mio, el mayor favor que puedes hacerme, es el de salvar tu vida con ese inocente niño: por mí no temas: alejándote de mí, estoi segura de que no me harán ningun mal, al paso que si te hallan conmigo, vamos á ser todos víctimas del furor de esa tropa que sin duda viene en nuestro seguimiento: toma este bolsillo, y ponte en salvo prontamente, esperando mejor fortuna. Conociendo el po-

bre Bolonia que su esposa tenia razon, abrazó á esta y á sus hijos; y tomando el dinero que le habia presentado, dijo á su familia, que cada uno se pusiese en salvo como pudiese, á su ejemplo; y metiendo espuelas á su caballo, se puso á huir á toda brida, siguiéndole el hijo del mismo modo; pero con el aturdimiento, en vez de dirigirse á Venecia se fue á Milan. La tropa alcanzó á la Duquesa; y viendo que Bolonia se habia escapado, empezaron á hablarla mui cortesmente, fuese por habérselo asi mandado los aragoneses, ó porque temiesen enternecerse con sus gritos y clamores. Uno de ellos la dijo: Señora, tenemos orden de vuestros hermanos para conduciros á

vuestra casa, á fin de que volvais á tomar el gobierno del ducado y la direccion de vuestro hijo el Duque, en atencion á ser una locura andar siempre vagabundeando con un hombre como Bolonia, quien hallándose libre de vos, se marchará á un pais estraño. — La infeliz Duquesa, á pesar del disgusto que recibió de oir hablar con tanto desprecio de su esposo, calló y disimuló su pena, dándose por satisfecha del buen tratamiento que les habia merecido, en vez de la muerte que esperaba, y reservándose la idea de ponerse despues en salvo con sus hijos; pero se engañaba esta desgraciada, y conoció poco tiempo despues cuál era el bien que sus hermanos la preparaban;

pues al momento que aquella tropa la condujo al reino de Nápoles, fue encerrada en un castillo con sus hijos y con la doncella que habia sido la confidenta de su desgraciado enlace con el caballero don Antonio Bolonia.

Hasta aqui se habia contentado la suerte con proceder civilmente contra estos amantes; pero mas adelante veremos las consecuencias de sus desgraciados amores, y como en cegando al hombre una pasion no le deja hasta esterminarle enteramente.

Esta historia puede mui bien servir de ejemplo al bello sexo, para no precipitarse en el abismo de desgracias que frecuentemente suceden á las jóvenes que obran

ciegamente sin reflexionar sobre los inconvenientes que ofrece una temeraria pasion; y á los padres y parientes para no dejarse llevar de la vanidad, y hacer la desgracia de las familias por sus venganzas sanguinarias. Veamos ahora el fin lastimoso de esta infeliz princesa, y plegue al cielo que haga este suceso en las jóvenes la mas fuerte y saludable impresion.

Encerrada, pues, esta desventurada princesa en aquella prision con sus hijos y la doncella, vivia con paciencia, y esperanzada de ver aplacado un dia el furor inhumano de sus hermanos, y consolada con la dulce idea de que su marido se habia librado de caer en manos de los asesinos; pero esta